

El establecimiento del Cristianismo

Hebreos 12:26-27

“La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmooveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles”

La divina encarnación no fue un acontecimiento repentino, aislado e inesperado. El advenimiento de nuestro bendito Señor, y con el él los albores del cristianismo, marcó un clímax y la consumación. El mundo fue preparado a través de largos procesos para la venida del Mesías. Desde el Edén hasta Belén los siglos se estaban preparando para la venida de Emmanuel.

Así como los procesos de la creación prepararon a la tierra para que el hombre pudiera vivir en ella, también la historia preparó el terreno para el nacimiento del Dios-hombre. Las Sagradas Escrituras se enfocaron en la Divina preparación para este momento, pero también los otros pueblos en todo el mundo convergían hacia lo mismo.

La marcha de los acontecimientos fue lenta y complicada, pero finalmente, el escenario estuvo listo para la aparición del Salvador prometido.

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley” (Gál. 4:4). Esto significa mucho más de que el tiempo señalado por el Padre había llegado, sino que también había llegado el fin de la economía mosaica y el reemplazo de las sombras y los tipos por la sustancia y los antitipos. Indica que las condiciones eran adecuadas para la introducción de una nueva y ampliada dispensación, que todo ya estaba maduro para la ejecución del gran propósito de Dios.

Todos los fundamentos se habían establecido. La larga noche de la preparación había concluido, los campos estaban blancos para la siega, el olivo estaba listo para el injerto de otras ramas (Ro. 11).

La frase *“plenitud de los tiempos”* da a entender tanto una oportunidad madura como una necesidad consumada. El advenimiento del Hijo de Dios a esta tierra y la proclamación del

Evangelio por todas partes, no sólo introdujeron una nueva era, sino que también marcó el clímax de la era o los siglos.

De acuerdo al contexto inmediato, esta expresión, “*la plenitud de los tiempos*”, significa que la iglesia en la tierra se había preparado para la venida del Hijo de Dios, pues, ya había superado su condición de infancia, al sentir el molesto peso de sus obligaciones y el prolongado deseo de libertad. La economía legal no fue más que “*un ayo, para llevarnos a Cristo*” (Gál. 3:24) y ya había cumplido su propósito.

La antigua economía había decaído y envejecido y estaba “*próximo a desaparecer*” (Heb. 8:13). El anciano Simeón era un representante de ese piadoso remanente que estaban “*esperando la consolación de Israel*”, Dios ya había preparado a una compañía que “*esperaban la redención en Jerusalén*” (Lc. 2:38).

La nación más favorecida del mundo había perdido su libertad, pues, se encontraba bajo el yugo de los romanos, y parecía que había llegado al punto de abandonar su misión. Realmente, la necesidad de que llegase el cumplimiento de las profecías mesiánicas era apremiante.

Hubo una notable combinación de circunstancias que prepararon al mundo para la llegada del Evangelio, y el mundo había llegado al clímax de la necesidad de la redención.

Las viejas religiones paganas estaban en un punto de quiebre, muchos prejuicios y supersticiones de la antigüedad habían desaparecido, los hombres estaban preparados para recibir una nueva revelación que fuera espiritual y humana.

El fracaso de la religión pagana frente a la inmoralidad, y la impotencia de la filosofía para curarla, sumado a las miserias que ella conllevaba, llamaba a gritos por una nueva y efectiva fe que debía ser a la vez segura y poderosa.

El siglo inmediatamente anterior a la venida de nuestro Señor Jesucristo fue probablemente el más notable de toda la historia. Todo se encontraba en un estado de transición: las cosas antiguas fueron desapareciendo, fruto del antiguo orden que como un árbol viejo se estaba pudriendo, aunque sin ceder al nacimiento de un nuevo orden. Había extraños rumores de un alivio que vendría y los corazones eran agitados por la esperanza de que algún grande estuviera a punto de aparecer, el cual renovarían al mundo.

“...cuando vino el cumplimiento del tiempo”. En primer lugar, *el mundo había llegado al clímax del pecado*. La historia nos ha dejado un fiel registro de las terribles condiciones morales en que se hundieron los hombres en el siglo previo a la venida del Redentor.

En Roma, que era la metrópoli del mundo, la corte de César estaba llena de lujo y desenfreno. Para la diversión de los senadores había seiscientos gladiadores que luchaban mano a mano en el teatro público. Para no quedarse atrás, Pompeyo consiguió 500 leones para que lucharan con un igual número de sus guerreros, con el fin de entretener a las “delicadas damas” del imperio que se divertían aplaudiendo mientras la sangre se derramaba en la arena.

Los niños eran propiedad del Estado para ser usados como se considerara mejor para los intereses públicos. Los ancianos y los enfermos fueron desterrados a una isla en el río Tíber. El matrimonio era una cuestión de capricho sensual, por lo tanto el divorcio era frecuente, tanto que las damas tenían por costumbre contar el número de maridos que habían tenido de acuerdo a la cantidad de anillos que llevaban en sus dedos. Alrededor de dos tercios de las personas en el mundo civilizado eran esclavos, y sus amos tenían poder absoluto sobre ellos.

Las condiciones en Grecia eran aún peores. La sensualidad y toda clase de maldad se llevaron al grado más alto. La gula era considerada un arte. La gente se entregó a la fornicación sin reservas. Los padres tenían la libertad de dejar morir a sus hijos, ya sea exponiéndolos al frío, a las fieras, o dejándolos morir de hambre; y esto era algo muy frecuente, para lo cual no había ninguna condena ni censura.

Las guerras se llevaron a cabo con la mayor ferocidad: si alguno de los vencidos escapaba de la muerte, la única expectativa que ellos tenían era la esclavitud de la clase más abyecta, por lo tanto, casi siempre recurrían al suicidio. “... *los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de habitaciones de violencia*” (Sal. 74:20).

El mundo había llegado al clímax de su pecado, y esto proporcionó el fondo más oscuro para que la luz brillara con más intensidad. A menudo una enfermedad no es tratada hasta que afecta la cabeza, y en vista de las anteriores condiciones, el mundo estaba listo para la aparición del gran Médico.

“...cuando vino el cumplimiento del tiempo”. **El mundo había llegado a la consumación del deseo.** La Biblia había predicho que el Mesías sería “*el deseado de todas las naciones*”, por lo tanto, era necesario que todos los planes humanos de liberación hubiesen mostrado su incapacidad.

Este tiempo de fracaso mundial había llegado a su clímax cuando Cristo nació: Nunca antes había sido tan evidente y extensa la miseria y la necesidad más absoluta de la humanidad. La filosofía había perdido su poder para satisfacer a los hombres y las antiguas religiones habían muerto. Los griegos y los romanos eran la cabeza de las naciones cuando vino el Salvador y el ignominioso estado espiritual del mundo pagano era bien conocido. El politeísmo y el panteísmo eran los conceptos populares: innumerables divinidades eran adoradas y a los dioses se le atribuían las características más abominables. A menudo se ofrecían sacrificios humanos sobre sus altares.

El judaísmo también estaba completamente maduro para que se cumplieran las profecías mesiánicas. Los saduceos habían leudado a toda la clase dominante y afectaron a la nación con el racionalismo y el escepticismo. Los fariseos, representantes de las ideas e ideales del pueblo, eran demasiado formales e hipócritas, y en el mejor de los casos, fríos y duros. Eran especialistas en “*atar cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas*” (Mt. 23:4). La nación estaba bajo el gobierno de Roma y llegaron al punto del completo desánimo.

¿No había allí un ojo misericordioso y un brazo para salvar? ¿Estaba Dios desinteresado en la condición trágica de la humanidad? No, bendito sea Su nombre. No, “*la plenitud de los tiempos*” había llegado. La plataforma estaba lista, en la que iban a ser expuestas las glorias de la gracia divina, y el sol de justicia se había levantado, trayendo en sus alas salvación (Mal. 4:2).

Todo estaba preparado para el amanecer del cristianismo, tanto en Israel como en todo el mundo. Las condiciones políticas eran singularmente favorables para la llegada del Evangelio. La mayor parte de la tierra conocida estaba dentro de los límites del imperio romano, donde quiera que ellos iban, construían buenos caminos. Por donde iba el soldado, le seguían el comerciante y el erudito.

El intercambio comercial fusionó a los pueblos. Las viejas distinciones nacionales estaban ligadas a los prejuicios religiosos, cada país tenía sus propios dioses, y cualquier intento de imponer una religión extranjera era resistido con tenacidad. Pero las barreras nacionales ahora se habían degradado por la habilidad de los romanos y las relaciones internacionales, es decir, la exclusividad religiosa estaba ahora muy debilitada. Todo esto facilitó la tarea de los misioneros de la cruz, las vías romanas se convirtieron en carreteras para los evangelistas, y el derecho romano les brindó protección.

Paralelamente al crecimiento del imperio romano, *se dio la difusión de la cultura griega*. La lengua universal era el idioma griego, y todas las personas educadas, en el mundo civilizado, podían entenderla. Este fue el medio más adecuado por el cual los mensajeros cristianos hablaron a una gran multitud de gentes el evangelio, sin tener que someterse a la tediosa necesidad de aprender nuevos idiomas. En Siria, Egipto, Frigia e Italia, así como en Grecia y Asia Menor, los heraldos de Cristo pueden hacerse entender a través de la lengua común y universal. Además, el griego era un idioma tan delicadamente modulado que superaba a los demás idiomas en su capacidad para expresar nuevas ideas. Por lo tanto, el griego era lo que exactamente se necesitaba para traer una nueva revelación al mundo en general.

Lo mismo sucedió con el judaísmo. Había llegado el momento para el cumplimiento de su gran misión: entregar al mundo las Escrituras del Antiguo Testamento y el cumplimiento de la esperanza allí anunciada. El judaísmo tuvo la misión de dar a luz al cristianismo. De la antigua tierra un nuevo orden brotaría.

La posición que tenían los judíos en el mundo civilizado facilitó maravillosamente la difusión del Evangelio, pues, ellos estaban dispersos por todas partes. Las sinagogas judías se convirtieron en un medio de comunicación entre los predicadores del evangelio y los pueblos paganos. En casi todas las ciudades había como mínimo una sinagoga, por lo tanto, los evangelistas iban primero a estos centros de culto judío, para luego comunicar el evangelio a toda la población.

En esta conjunción tan sorprendente de providencias favorables no podemos dejar de contemplar y admirar la mano controladora del que hace todas las cosas según el designio

de su voluntad. Todo esto sirvió para amortiguar el golpe contundente que produciría el desplazamiento del antiguo orden por el nuevo que establecería Cristo, cuyas declaraciones eran radicales y sus demandas, revolucionarias. Aun así, se habla del establecimiento del Cristianismo como algo que hizo temblar *no solamente la tierra, sino también el cielo* (Heb. 12:26). Aunque este en un lenguaje figurativo, se refiere a lo que era intensamente real y drástico.

La última cláusula del versículo 26 no debe entenderse en un sentido material, como muchos suponen hoy día, por lo tanto, centrémonos en observar más su configuración en el idioma original y sus conexiones.

En el verso 25 el autor inició una exhortación fundamentada en lo que había enseñado en los versos 18 al 24, lo cual él refuerza con algunas consideraciones adicionales. La exhortación consistió en un llamado para escuchar y prestar atención al mensaje divino dado a través de Cristo. Dios es el autor tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. En el primero habló a través de Moisés y los profetas, y en el segundo, por el Hijo, su final portavoz.

La manifestación que Dios hizo a través de Cristo, y el mensaje que nos dio por medio de Él, completan la revelación de su voluntad.

Siendo que este mensaje final no fue revelado a través de ángel ni hombre, sino por el Hijo Unigénito; entonces, tengamos cuidado de no tratar a esta revelación de una manera que vaya en contra de su alto carácter. La superior dignidad del mensajero y la suprema importancia de su mensaje garantizan el castigo más severo a los que lo desprecian y rechazan.

La urgencia del llamado para que escuchemos la voz de Cristo es enfatizada al tener en cuenta lo que había sucedido con los que descuidaron el mensaje que Dios había dado a través de Moisés, los cuales no escaparon, por lo tanto, hay un peor castigo para los que se hacen los oídos sordos al mensaje que Él habla a través del Hijo (v. 25).

La superioridad de la revelación divina dada a través del Hijo sobre la que se dio a través de Moisés fue evidente por los fenómenos que acompañaron la entrega de cada uno y los efectos que produjeron: La voz del cielo (a través de Cristo) produce mayores resultados

que los obtenidos a través de Moisés, la voz dada en la tierra. La voz de cada uno produjo una “*sacudida*”, pero la de Jesús fue mucho más poderosa que la del Sinaí (v. 26). Como prueba de esta declaración el autor cita y comenta lo dicho por el profeta Hageo, por lo tanto, miremos lo que él dice.

En el capítulo 1, Hageo reprende la indiferencia del remante judío (los cuales habían regresado a Palestina desde la cautividad babilónica), porque fueron negligentes para reconstruir la casa de Dios. Esto los despertó para proceder a su reconstrucción.

En el capítulo 2, el profeta los consuela. La gloria externa del templo reconstruido estaba lejos de parecerse a la que tuvo el que construyó Salomón, lo cual produjo un gran duelo y una gran pregunta en el profeta: “*¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera, y cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada delante de vuestros ojos?*” (Hag. 2:3).

La gente temía que Jehová los había abandonado, y Hageo los anima declarando: “*Pues, ahora, Zorobabel, esfuérzate, dice Jehová; esfuérzate también Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos. Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis*” (Hag. 2:4-5); y entonces, fue puesta delante de ellos la gran esperanza de la aparición del Mesías: “*Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos*” (Hageo 2:6-9). Este fue un mensaje de consuelo para el entristecido remanente en los días del profeta, de los cuales habla nuestro autor en el capítulo 12 de la carta a los Hebreos.

Lo primero que debemos señalar en esta profecía es la predicción que dice “... *de aquí a poco yo haré temblar*” (Hag. 2:6), lo cual pone de manifiesto que el “*temblor*” que esperaban no es la convulsión última y universal de la naturaleza al final de los tiempos,

sino que se refiere al temblor que estuvo conectado con el establecimiento del cristianismo, el cual era un acontecimiento casi inminente en los días de Hageo.

En segundo lugar, el “*temblor*” no era en el mundo material, sino en los ámbitos político y religioso, como se desprende de los últimos versículos del mismo capítulo: “*Yo haré temblar los cielos y la tierra; y trastornaré el trono de los reinos, y destruiré las fuerzas de los reinos de las naciones*” (v. 21-22). Esto inició un poco después, cuando Dios puso su hacha sobre la raíz del imperio persa.

En tercer lugar, debemos resaltar que hubo la promesa expresa de que la gloria del templo construido en tiempos de Hageo excedería a la del templo de Salomón.

Este tercer punto debe ser sopesado muy cuidadosamente por nosotros, ya que es de mucha importancia. Este fue el punto principal del consuelo profetizado por Hageo. Sus compañeros estaban completamente afligidos (véase Esdras 3:12) en la mezquina comparación que hacían entre el templo que estaban levantando y el primer templo, pero él les asegura que esta edificación tendrá una gloria mayor que el construido por Salomón. Esa gloria no era material, sino espiritual. Expresamente se dice que esta gloria vendrá con el “*Deseado de las naciones*”.

A través de la venida del Mesías la verdadera “*gloria*” del segundo templo se incrementaría y esto debía ser mientras él estuviera en pie. El templo de Hageo fue ampliado y embellecido 300 años más tarde por Herodes el Grande, pero la estructura original nunca fue cambiada, por lo que seguía siendo la misma casa, a la cual vino Cristo. Y cuando Cristo vino al templo de Jerusalén, el que es la gloria del cielo, hizo que durante ese tiempo resplandeciera la gloria del templo. El “*de aquí a poco*” de Hageo era paralelo con el “*vendrá súbitamente*” (Mal. 3:1).

El cuarto y último punto que debemos resaltar es que el profeta anuncia: “*... y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos*” (v. 9). Esto también fue espiritual, se refiere a la paz que Cristo debía hacer “*mediante la sangre de su cruz*” (Col. 1:20) entre Dios y su pueblo, y la reconciliación entre judíos y gentiles creyentes (Ef. 2:14-16) en la Iglesia. Esta fue la principal obra de Cristo: Quitar el pecado (que era la causa de enemistad y conflicto) y traer la paz.

Por último, la manera en que se haría esto sería a través de un gran “temblor”, no sólo en Israel, sino entre los gentiles. Observe cuidadosamente el “*aún una vez*” de Hageo 2.6 (en la versión griega). Ya se había producido un gran *temblor* cuando se instituyó el primer Pacto, pero vendría uno mayor con el establecimiento de la Nueva Alianza. Así que el “*aún una vez más*” significa, en primera instancia, una vez más, y en segunda instancia, una vez por todas – finalmente.

Ahora, esta es la profecía que cita el autor de Hebreos aquí en el capítulo 12. El objetivo del autor era doble: proporcionar una prueba adicional de la superioridad del Cristianismo sobre el Judaísmo y también, reforzar la exhortación que había dado en el verso 25.

La evidencia que aquí se toma del Antiguo Testamento es para demostrar que la voz de Dios hablando a través de Cristo había producido efectos mayores que los que produjo su palabra a través de Moisés.

Los contrastes, pues, entre el Antiguo y el Nuevo Pacto, y la excelencia del último sobre el primero, pueden resumirse así: El primero estaba conectado con el Sinaí, el segundo, nos lleva al Monte de Sión (versos 18-24); uno fue inaugurado por Moisés y el otro por el Hijo; en uno Dios hablaba desde la tierra, en el otro desde el cielo; en uno la tierra fue sacudida, y en el otro, el cielo (v. 25); uno es removido, mientras que el otro permanece (v. 27), por lo tanto: ESCUCHEN AL HIJO.

Cuán lejos del correcto camino se encuentran los comentaristas que suponen que la profecía de Hageo se refiere al juicio final en el último día cuando el velo entero de la naturaleza será sacudido y removido.

Primero, un acontecimiento tan terrible era del todo ajeno al ámbito del propósito de Hageo que era consolar a sus hermanos afligidos. Segundo, tal predicción habría sido del todo irrelevante para el propósito del autor de la carta a los Hebreos, pues, él no estaba comparando la entrega de la Ley con el día del juicio final, sino la entrega de la Ley con la promulgación del evangelio por Cristo mismo; porque su objetivo era exhibir la preeminencia de la economía del evangelio. Tercero, tampoco un destino tan terrible podría ser descrito como una “*promesa*” (Heb. 12:26). En cuarto lugar, el autor de Hebreos dio a entender claramente que la profecía de Hageo tiene su cumplimiento ahora (v. 28). Por

último, no hay ninguna razón por la que debemos considerar a la sacudida de los cielos y la tierra como algo literal: el autor estaba discurrendo de cosas celestiales – como el asunto del reino incommovible que los creyentes reciben en este mundo.

Admiremos la apropiada conveniencia de la profecía de Hageo para el propósito que tenía en mente el autor de la carta a los Hebreos. La predicción de Hageo se refería a la persona y la aparición de Cristo: *“El deseado de todas las naciones ha venido”*. Allí se anunció que Dios iba a hacer mayores obras de las que había hecho en los días de Moisés (Hageo 2:5-7). Dios sacudió a Egipto antes de dar la Ley, sacudió al Sinaí en la entrega de la misma, sacudió a las naciones vecinas (especialmente a Canaán) después de la entrega de la Ley. Pero, en *“poco tiempo”* él haría grandes cosas.

El diseño del profeta Hageo era fijar los ojos de los judíos en la primera venida de Cristo, la cual era su gran expectativa, y para asegurarles que su templo tendría una gloria más excelsa que el de Salomón. Dios trastornaría *“el trono de los reinos, y destruiría la fuerza de los reinos de las naciones”* (v. 22) como los signos precursores del advenimiento de Cristo.

Cuán pertinente y apropiada fue la profecía de Hageo para el tema que nuestro autor ha estado desarrollando. Esta predicción ya se había cumplido: Cristo había venido y había cumplido con todo lo anunciado.

Ahora sólo nos queda analizar el comentario que el autor de Hebreos hace de la cita de Hageo: *“Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles”* (v. 27). Dicho sea de paso, aquí encontramos un claro ejemplo de cuál es la tarea del maestro bíblico: al exponer la Palabra de Dios no sólo compara pasaje con pasaje y define el significado de sus términos, sino que también indica qué inferencias legítimas y conclusiones se pueden extraer, lo que implican sus declaraciones, así como lo que afirma de manera directa. Esto es exactamente lo que el apóstol hace aquí: él sostiene que la palabra *“una vez”* (usada por el profeta), no sólo significa *“una vez más”*, sino que también denota la anulación del orden de cosas que previamente existían.

Hay una plenitud en las palabras de las Sagradas Escrituras que sólo puede ser descubierto por la meditación prolongada y un cuidadoso análisis. La profecía de Hageo no había dicho nada de manera directa sobre la “*remoción*” de alguna cosa, pero esto estaba contenido implícitamente. El mismo hecho de que Dios había “*sacudido*” la economía mosaica hasta sus cimientos – la predicación y los milagros de Cristo (y más tarde a través de sus apóstoles) hizo que miles dejaran el judaísmo; la denuncia que hizo el Señor de los líderes religiosos y de la hipocresía reinante entre ellos minó la confianza de las masas; el velo del templo, que fue rasgado por la mano Divina, tenía el propósito claro de mostrar el fin del sistema levítico – lo cual tenía a la vista que el Señor haría este sistema a un lado, con el propósito de crear algo mejor en su lugar. ¿Qué es ese algo? Lo estudiaremos detalladamente en el próximo estudio.

Si algunos cristianos de nuestro siglo hubiesen vivido en tiempos del autor de la carta a los Hebreos habrían tenido serios problemas con él, y tal vez le hubiesen dicho: “¿Por qué estás tomándote libertades indebidas con la Palabra de Dios?, las cuales no podemos consentir. El Espíritu Santo a través de Hageo habló de una “*conmoción*”, mientras que tú lo cambias a una “*remoción*””. A esto, el autor de la carta habría contestado: “Yo simplemente estoy señalando lo que el lenguaje del profeta da a entender claramente, extrayendo la inferencia obvia de su declaración”. Pero el cristiano literalista de nuestros días le replicaría: “Nosotros no tenemos que hacer ningún razonamiento sobre la Palabra. Además, un alma sencilla puede ver que sacudir y remover son cosas muy diferentes, y el profeta no usó ese término”.

Un expositor de las Escrituras a menudo se encuentra con tales sutilezas hoy día, lo cual es peor que la ignorancia, porque muchos son engañados al suponer que se requiere una adhesión servil a la letra de las Escrituras (estar ocupados en la literalidad, en vez de buscar su sentido) con el fin de honrarla.